

## SAN IGNACIO EN PARÍS

### ¿DEJAR TODO PARA VOLVER A COMENZAR?

#### Plática – 2025

Queridos todos, comenzamos con gran alegría una nueva tanda de ejercicios espirituales. Estamos en este año jubilar, estamos en Cuaresma. También se repite esta tanda, como bien saben, en julio y en noviembre. Se puede hacer en cualquier momento del año, pero sin duda, un miércoles de cenizas es un día del todo particular.

Y estamos aquí en París, como pueden ver, porque París fue un momento importante, un lugar y un momento importante en la vida de San Ignacio.

Para entender los santos ejercicios que vamos a ir explicando día a día, nos sirve mucho entender la vida de San Ignacio, porque los ejercicios son su vida, son su historia de conversión.

El año pasado relatamos y recorrimos varias partes de España y algún que otro lugar en Italia. [Aquí](#) pueden ver el vídeo si tienen interés, recorriendo esos lugares para entender más su vida.

Éste año, para cambiar un poco de escena, yo voy a explicar rápidamente su vida hasta este momento, hasta su comienzo de sus estudios aquí en París, y luego entonces recorreremos estos lugares donde él estuvo, (o lo que quedan de estos lugares) en esta – repito- hermosísima ciudad de París.

#### **Su vida antes de llegar a París**

San Ignacio -para los que no conozcan nada- era un caballero, un gentil hombre y, estando al servicio del virrey de Pamplona en una batalla contra los franceses, [éstos] habían asediado toda la ciudad, o sea, habían tomado todo. Quedaba solamente una fortaleza, y el alcalde -el gobernador- estaba por disponerse a rendirse, porque las tropas francesas eran muy numerosas comparado con las españolas. San Ignacio bajó a las negociaciones y, aunque todos los demás caballeros opinaban que había que rendirse, San Ignacio era de la opinión contraria, y dio tantas razones al alcalde -al gobernador- para que no lo hicieran, que no se rindieron, y se mantuvieron en la batalla hasta que él se mantuvo firme, que fue hasta el momento en que le pegó una bomba, -una bomba- entre las dos piernas, dejándole una muy maltrecha y la otra también herida.

Se rinden entonces -capitulan-, lo llevan 15 días hasta Loyola, lo tratan muy bien los franceses -dice San Ignacio-, y allí en Loyola se da aquello que muchos ya conocemos, y es que al pedir libros de caballeros no había, y gracias a Dios le dieron dos libros: un libro de la vida de Jesucristo, y otro libro con vidas de santos «Flos Sanctorum», vidas cortitas de

santos, que probablemente esos libros estaban allí por regalo de Isabel la Católica a su cuñada, la esposa de su hermano mayor.

Éstos libros cambiaron la vida de San Ignacio porque la gracia de Dios actuó por medio de ellos, ¿en qué sentido?, en que empezó a leer San Ignacio. Leía lo que había hecho Santo Domingo, San Francisco y se preguntaba, «si ellos pudieron, ¿por qué yo no?», y seguía, seguía pensando y meditando, y se decía a sí mismo, «San Francisco pudo esto, ¡yo voy a poder!, Santo Domingo pudo esto, ¡yo voy a poder!».

Y así fue como comenzó su conversión, comenzó a vivir una vida interior, que importante es, justamente en estos ejercicios, darle esa relevancia a nuestra vida interior. Tenemos un mundo interior que hay que descubrir.

De hecho San Ignacio estaba tan admirado en ese tiempo, que decía ¿qué es esta nueva vida que ahora comenzamos?, descubrió una vida nueva en su interior: la vida espiritual, la vida de unión con Dios, la vida de este trato con el Señor.

Y empezó ahí a hacer discernimiento de espíritus. De hecho, si bien Manresa es un lugar icónico con respecto a los ejercicios espirituales -porque ahí San Ignacio escribió lo sustancial y vivió cosas importantísimas en orden a escribirlos y a vivirlos él, como fueron las visiones, la conocidísima “eximia ilustración del Cardoner”, etcétera-, sin embargo, cuando a él le preguntan de los ejercicios dice que comenzaron en Loyola. Es decir comenzaron en este lugar, en la cama, recuperándose de éste golpe de bala de cañón, donde empieza a descubrir ese mundo interior y empieza a “discernir”.

¡Qué palabra más importante ésta!: *discernimiento*. Nos va a enseñar San Ignacio, y si perseveramos en estos ejercicios -Dios lo quiera, y ¡rezamos por eso!-, vamos a aprender este pensamiento que me viene, esta idea, esta emoción interior, ¿es mía, es del Señor, de un ángel bueno, de mi ángel de la guarda, o es del demonio quizás?. Hay que discernir.

Y él empezó a aprender a discernir allí. Y justamente por ese discernimiento él se dio cuenta lo que quería Dios para su vida.

Y lo que quería Dios para su vida era que -no vio “todo” el camino, como uno a veces querría, “bueno Señor ¿que quieres de mí?”, a veces Dios nos muestra qué quiere “largo”, por así decirlo, pero a veces no, a veces simplemente me muestra un paso más-: San Ignacio vio que tenía que imitar a los santos e imitar a Jesús lo más que pudiera. Para eso decidió irse a vivir a Tierra Santa, porque ahí había vivido el Señor y de ahí comenzar entonces la tarea de ayudar a las almas de lo que sea, pero sobre todo era eso, imitar a los santos y seguir la vida de Jesús hasta -si se pudiera- vivir en Jerusalén, y desde ahí comenzar todo.

Para irse a Jerusalén tenía que ir primero a Roma, (no voy a repetir toda la historia porque ya la hemos comentado y es un poco larga, -muy interesante por supuesto-).

San Ignacio entonces, después de volver de Jerusalén, (que no se puede quedar, porque no lo dejan quedarse allí los franciscanos), él sabía que, para ayudar a las almas que era su deseo, es decir para ser apostolado para convertirlas, necesitaba estudiar.

Él había recibido muchísimas luces espirituales de las cosas que Dios le había enseñado. Él estaba tan seguro, que decía que podía dar la vida si hiciera falta por eso, aunque no

hubiese Evangelio, no hubiese escritura, podía dar la vida por esas verdades, pero necesitaba refrendar eso con la ciencia humana, es decir hacer todos los procesos humanos que hicieran falta para también obtener los títulos y demás para poder ayudar entonces más perfectamente a las almas. No sabía él qué iba a hacer después de estudiar, si iba a andar por el mundo así como un “freelancer”, libremente predicando, o si iba a entrar a una orden religiosa, pero sabía que tenía que estudiar.

Entonces vuelve a España, va a Manresa donde había vivido. El sacerdote que a él le parecía que podía enseñarle había fallecido, y estuvo dos años en Barcelona estudiando con niños pequeños, estudiando entonces los rudimentos del latín con mucha humildad.

Cuando le dijeron que ya había progresado se fue a Alcalá de Henares, y ahí siguió estudiando, y estuvo allá en Alcalá un año y medio, -en una universidad muy conocida-siempre con dificultades, con persecuciones, porque él daba los ejercicios, y tenía mucha gente que lo seguía, y como no tenía título y lo que daba era nuevo, hacía dudar a la Inquisición y demás.

Desde Alcalá justamente le hicieron un juicio la Inquisición, pero quedó libre porque obviamente no había ningún error. Entonces, como no lo dejaban predicar allí, se fue a Salamanca. En Salamanca estuvo muy poquito. Le hicieron otro juicio, cárcel en un lado, cárcel en el otro, y en Salamanca no le dejaban distinguir lo que era pecado mortal de venial, y por eso se fue.

### **En París**

¿Adónde se fue?, se vino para aquí, para París, porque decía él que lo habían hecho estudiar muy rápido, y que el método tampoco había sido el mejor. -Estaba estudiando, y en medio de sus correrías apostólicas, de mucho trabajo por las almas, él decía que le faltaba fundamento a lo que había estudiado-. Llevaba cuatro años estudiando, y vino aquí a París para empezar desde cero, y en este sentido ¡qué ejemplo que nos da el santo de vivir preparándose para cosas importantes!.

El padre Casanovas, gran comentador de los ejercicios, gran conocedor de la vida de San Ignacio va a decir eso, era un hombre que estaba siempre preparando, no tenía problema de esperar lo que hiciera falta para alcanzar el fin, el ideal, y quizás el ideal se daba en un momento, pero la preparación fue larga, así fue con la primera misa y con muchas cosas en su vida. Y aquí también con los estudios. Siete años de estudio aquí en París empezando –repito- desde cero otra vez, con el latín.

Bueno nosotros estamos empezando esta Cuaresma (o esta tanda de ejercicios espirituales), estamos también quizás con un tiempo en que no nos resultan [las cosas] en la vida, no estamos contentos, o no nos convertimos del todo, volvemos a caer o hemos intentado con los ejercicios y no hemos podido, y no tenemos quizás tanta esperanza, probamos este primer vídeo pero uff... A ver esperanza, ¡esperanza!, estamos en el año de la esperanza, ¿porque no vamos a poder nosotros dedicar todo el tiempo que haga falta, «si otros pudieron ¿porque yo no?». Hace falta mi granito de arena, ¡el resto lo hace el Señor!, ¡cuánta gente rezando!, monjas de clausura, monjes, misioneros ofreciendo, laicos por

todos lados de nuestra familia religiosa del Verbo Encarnado. ¿Por qué entonces no tener esperanza de que empezamos, pero además que ¡vamos a terminar!?

Es todo una Cuaresma, esto es una carrera de fondo, no son 100 metros, carrera de fondo, es una maratón. Entonces con tranquilidad, con ganas, con energía, con entusiasmo, pero con tranquilidad. Si empezamos así, con una energía -por así decirlo- no controlada, mejor controlémosla, es decir, pongamos muchas ganas, pero no me puedo agotar en este primer día. Éste primer día lo vivo con intensidad, pero después habrá otro, y habrá otro, y tengo que seguir guardando energía de alguna manera. Hay que empezar con grande ánimo y liberalidad, pero ese grande ánimo no significa explotar en energía, no sé si se permite la expresión, -ya me entienden-, sino guardar energía, ¿tengo grande ánimo?, tiene que resistir esta energía -con la gracia de Dios por supuesto, nada podemos sin Él- hasta que terminen estos santos ejercicios. Tenemos que llegar al final, con la ayuda de Dios, de nuestra Madre del Cielo, nuestros patronos -los que tenga cada uno-, de San Ignacio por supuesto. Hoy empezamos. ¡Terminemos juntos!

Estamos entonces aquí en París, donde San Ignacio empezó nuevamente su carrera de estudios. Bueno, nos vamos de este lugar, exactamente para ese lugar donde San Ignacio hace su entrada después de venir caminando de Barcelona sin ningún miedo. Le habían dicho que no se viniera (se fue de Salamanca a Barcelona), que “hasta en asadores ponían a los españoles”, (porque estaban en guerra con los franceses). San Ignacio nunca sintió miedo, -otra cosa que nos enseña él-, pues no es que nunca sintió miedo porque no tenía ese sentimiento, es porque había trabajado en eso, porque había superado los miedos con la gracia de Dios y con el discernimiento, -repito- cosas que también aprenderemos.

Pero vamos a otro lugar, aquí de París, donde podemos ver dónde fue su entrada y dónde estaba su Universidad y demás. Acompañenme.

### **La entrada de San Ignacio**

Estamos aquí en el jardín de Luxemburgo, un lugar muy conocido aquí también en París, ¿por qué? porque a unos 150 ó 200 metros está la placa que recuerda, el lugar exacto donde estaba la entrada de la ciudad St Jacques (Santiago en definitiva), que es por donde entró San Ignacio. Venía solo y de a pie desde Barcelona.

Una cosa que quería destacar de su vida, que nos puede enseñar, que le sucedió aquí, que nos puede enseñar también en orden a aprovechar los ejercicios: cómo vivía él el desapego, desapego de todo lo creado. Él traía -en realidad más que traía, se lo dieron aquí-, unas notas de cambio (alguien de Barcelona le dio como la nota de cambio que pudo cambiar aquí con 25 escudos), que era una cantidad bastante ingente de dinero porque con eso él podía estar tranquilo, es decir, dedicarse al estudio, no tener que pedir limosna durante dos años. Pero él vivía el desapego y no quería, -digamos casi-, ni tocar el dinero, e incluso quería vivir esa humildad de tener que pedirlo, por tanto se lo dio a un amigo español que lamentablemente se lo gastó en muy poco tiempo y se quedó San Ignacio sin nada. Ya vamos a ver qué tuvo que hacer por esto, pero quiero destacar por un lado ese desapego, que no es que tengamos que vivirlo así exactamente todos nosotros, pero sí

vamos a ver que parte de los ejercicios, muy importante es desapegarnos de las cosas, no tener afectos desordenados y un afecto desordenado puede ser justamente al dinero.

Pero repito, después vamos a volver a hablar un poco de qué tuvo que hacer San Ignacio con esta situación.

### **Camino a Ruán**

Aquí quería destacar que un tiempo después éste joven le escribe a San Ignacio desde una ciudad que es Ruán, que está 140 kilómetros de aquí. Le escribe para contarle que estaba enfermo, y San Ignacio se “venga”, -son muy vengativos los santos pero con esa venganza de los santos-, ¿cómo fue la venganza? bueno se dispuso a ir a visitarlo sin comer, sin beber y caminando descalzo, ¿para qué? no solamente ir a visitarlo para consolarlo, ayudarle, sino también para ganarlo para Cristo, para convertirlo. Quizás también para que lo acompañe a esta nueva empresa que él estaba empezando a comenzar, es decir, ya en España tenía varios que lo seguían, que no continuaron, aunque él trató de hacerlos venir para aquí, pero no quisieron seguir, pero él tenía bien claro -San Ignacio- que en esto que Dios le había mostrado, no lo iba a hacer solo y tenía que buscar otro. De hecho también venir aquí a París (era el centro cultural de toda Europa) y obviamente podía encontrar los mejores jóvenes con más aptitudes humanas, por eso entonces quería ver si lo ganaba a este joven también para Cristo y para esta empresa -repito-, si era la voluntad de Dios.

Lo interesante también es que San Ignacio decidió que tenía que hacer esto -vio que era la voluntad de Dios-, pero después empezaron a venirle bastantes dudas de si no era tentar a Dios (bastante miedo). Decíamos recién que él nunca sintió miedo, -sí, sintió miedo-, no tenía miedo de venir para aquí, pero este miedo por ejemplo de ofender a Dios, de que esté haciendo algo que no era su voluntad, de tentar a Dios como diciendo ¿no será mucho ir 140 kilómetros sin comer ni beber?, pudo superarlo en un primer momento a ese miedo porque ya lo había visto claro, lo discernió en una iglesia rezando.

Pero el otro día al levantarse para hacer ese camino, tanto miedo le vino, ¡tanto miedo!, o sea miedo en el sentido de no estar haciendo lo que Dios quiere, de ser temerario, que hasta le costaba vestirse. Así con mucho esfuerzo lo venció, porque él ya había visto que Dios le pedía eso. Eso es lo importante: cuando San Ignacio veía la voluntad de Dios no se iba para atrás.

De hecho una vez lo quisieron frenar. Ya estaba en Roma por salir a visitar a alguien que lo necesitaba -tenía que irse como a Nápoles si mal no recuerdo, pero era lejos-. Llovía torrencialmente, era un poco tarde y lo quisieron frenar, y él dijo «a ver, hace 30 años que no niego nada a Dios de lo que veo que me pide ¿y no me dejan hacer esto?...» y lo dejaron partir.

Entonces aquí también. Él vio que tenía que ir, entonces venció esa desolación, (ya veremos lo que es una desolación, una consolación), pero venció esa dificultad, se vistió con todo el esfuerzo y salió camino a Ruán. Y pasado un trecho -ni bien salía de París-, le vino una consolación, una alegría tan grande que andaba -dice él- saltando (hay una especie de colina pequeña), saltando de alegría, alabando a Dios.

Cómo por un lado fue probado, Dios permitió esta prueba, -que uno dice “bueno no es para tanto”, pero para un santo sí es para tanto, porque se trata de hacer la voluntad de Dios o no hacerla y se trata acá de ganarse un alma o no ganarse un alma, que era el alma de este joven-, venció esto, y Dios lo premió con esa consolación tan grande.

Por eso si estamos en un momento de prueba, de dificultad: resistir con la gracia de Dios que nunca falta, es lo que nos enseña San Ignacio en los ejercicios: resistir y continuar con lo que hemos visto que Dios nos pedía, aunque no veamos claro por el momento, aunque todo esté para nada, no importa, ¿por qué? porque en definitiva vimos lo que Dios quería, y confiamos que Él nos va a dar la gracia para continuar, y que va a ser lo mejor, y después Él nos va a consolar como siempre.

Así pasa en la vida del Señor también. El Señor nace en un pesebre, en un lugar tan humilde, pero se aparecen en los ángeles. Es bautizado, y en ese sentido aparece como un pecador para ser bautizado por Juan, y se da la manifestación trinitaria y así, el máximo es la cruz, la cruz y después la resurrección. Resistamos entonces.

Bueno San Ignacio finalmente hace ese camino. Qué interesante que hizo 70 kilómetros en un día, y después en dos días más lo que faltaba. ¡70 kilómetros en un día!. Ya tenía sus 40 años, siempre fue cojo de un pie, sin comer, sin beber, bueno obviamente los dones del Espíritu Santo lo llevaban a San Ignacio, y así nos tenemos que dejar llevar nosotros, pero no quita eso que no tengamos que discernir y buscar en todo la voluntad de Dios usando nuestras potencias como nos va a enseñar San Ignacio.

Llegó entonces. Lo consoló, lo cuidó, le dio cartas para los jóvenes que estaban en España, (porque este chico seguía para España para ver si podía finalmente venir para aquí). Se fue y volvió. Y cuando volvió sucedió algo que lo contamos más adelante.

Nos cambiamos un poco de lugar para seguir recorriendo esta hermosa ciudad de París, recordando los pasos y yendo tras los pasos de San Ignacio.

### **En el colegio Montaigu (comenzando otra vez)**

Aquí estamos. Detrás de cámara está el panteón, y aquí en este lugar que es una biblioteca, Santa Genoveva, en tiempo de San Ignacio exactamente ahí estaba el colegio Montaigu, que es donde San Ignacio estudió durante un año y medio -tres semestres-.

¿Para que? estudió ahí como -repito- como si no hubiera estudiado nunca nada, es decir empezó a estudiar latín, o lo que se llamaba en ese tiempo humanidades, porque si nó no podía empezar su bachillerato.

Entró a estudiar como “martinet”, significaba en ese tiempo como un alumno externo, (vivía en otro lado y venía aquí a clases), pero por lo que sucedió con este amigo que les acabo de contar, que se quedó con su dinero y demás, tuvo que empezar a pedir limosna y vivir muy lejos de aquí, entre 30 minutos y una hora en un hospicio, Saint Jacques también. Saint Jacques era justamente para los que iban camino a Santiago o sea parte del camino a Santiago de Compostela. Vivía ahí y no tenía ningún problema con vivir ahí, él siempre vivía en lugares muy pobres, pero el problema era que estaba muy distante y abrían a cierta hora de la mañana y cerraban a cierta hora de la tarde y no le coincidía con los horarios de

clase y bueno, eso hizo que finalmente tuviera que buscar otra salida, además que recordemos que pedir limosna le quitaba tiempo y él quería dedicarse aquí realmente seriamente a estudiar.

### **En Flandes**

Es así entonces que a él le recomiendan irse a Flandes a pedir dinero durante el verano, -lo hace durante tres veranos seguidos-, incluso en un verano llega hasta Inglaterra y incluso una vez trae dinero de más y ayuda a otros. Encuentra esa forma de poder dedicar más tiempo a estudiar y no tener que estar pidiendo limosna.

Algunas anécdotas que podemos contar antes de meternos directamente con el tema de los estudios es el hecho de que cuando fue a Flandes en uno de sus viajes, se encontró con un gran pensador humanista, Luis Vives Valenciano, muy conocido en ese tiempo, y se dio una conversación en la mesa. Era un viernes, estaban comiendo pescado por ser viernes, y entonces el gran humanista dijo que no le parecía acertado lo que había hecho la Iglesia de poner el pescado como algo de penitencia porque se podía comer pescado muy rico y muy bien preparado. -Ésto nos puede servir, porque veremos también las reglas para sentir con la Iglesia en algún momento de los ejercicios, cómo él defendía siempre la madre Iglesia-.

Entonces San Ignacio lo dejó hablar, y con mucha humildad, pero con mucha firmeza, le dijo «vosotros podéis preparar pescado de manera muy rica, con mucho condimento y demás, etc. Pero los pobres no, entonces la Iglesia que es madre de todos, justamente para mucha gente el pescado no es una comida que pueda prepararse muy rico, y entonces es una comida que sirve para hacer penitencia». No se sabe qué dijo Vives exactamente en ese momento, ni cómo reaccionó, pero sí después le dijo a alguno que estaba escuchando la conversación que le parecía haber estado con un gran santo que iba a fundar una orden religiosa. Efectivamente, no se equivocó para nada.

### **Sus estudios**

En cuanto a sus estudios, recordemos que este lugar era el centro de estudio más importante de toda Europa. Pueden verse placas con nombres de gente muy importante que ha estudiado aquí, y obviamente está también San Ignacio por ser quien es.

Sus estudios se podían dividir fácilmente en tres períodos: las Humanidades que estudió aquí en Montaigu, que fue un año y medio, donde terminó con un manejo de latín muy bueno. Después estudió Artes (que era la filosofía), estudió Aristóteles especialmente, también estudió Santo Tomás. Esto se dio detrás de este edificio, en el Colegio Santa Bárbara. Había cuatro universidades, una era la conocida Sorbona y otra era la de los Dominicos. En la de los Dominicos estudió San Ignacio eligiendo a Santo Tomás y después lo refrenda, (lo pone en las constituciones de la compañía) y lo pone también en el libro de los ejercicios cuando habla de sentir con la Iglesia, obviamente aprovecharse de la sabiduría de los teólogos, de los padres y demás, la sociedad positiva, la escolástica. Estamos en un tiempo de renacimiento y San Ignacio tiene una mente abierta a las nuevas ciencias pero sin dejar la tradición, sin dejar especialmente a Santo Tomás.

Entonces estudia cuatro años de Arte (de Filosofía), llega a ser bachiller, después licenciado -para ser licenciado había dos exámenes, uno era público, otro era privado, entre 100 él quedó número 30-. Realmente un hombre que se dedicó al estudio con todo, y obviamente aún, a pesar de la edad, tenía facilidades, era un hombre inteligente, pero digo sobre todo esa voluntad. Ni qué hablar de los dones del Espíritu Santo, pero estamos hablando aquí de cómo él puso empeño humano para esta obra de lograr estos títulos necesarios para siempre ayudar a las almas.

Él no estudiaba por un mero placer intelectual, -obviamente conocer la verdad siempre es algo hermoso y es bueno para todos y la verdad con mayúsculas es Jesucristo-, pero su interés siempre fue poder con eso ayudar a las almas.

Y después entonces de tener el título de maestro -que era lo que sería hoy un doctorado en Filosofía-, se dedicó durante un año y medio más a estudiar Teología.

Después tuvo que finalmente partir de aquí por un problema de salud que ya lo contaremos, pero entonces detrás de este lugar estaba el Colegio Santa Bárbara, -como decíamos-, allí él estaba como interno y tuvo dos compañeros muy importantes para la vida de San Ignacio, de la compañía Jesús, pero también para la vida de ellos fue un regalo hermosísimo haber encontrado a San Ignacio, vamos a hablar un poquito de ello en lo que sigue.

### **Sus compañeros**

Aquí detrás tenemos la iglesia que era parte de un colegio donde fue regente, es decir profesor con autoridad, (el regente tenía su autoridad en la universidad) San Francisco Javier. Y sin duda que, no vamos a decir que “literalmente” la santidad se transmite por ósmosis, pero San Ignacio encontró en el Colegio Santa Bárbara dos compañeros, dos amigos que le ayudaron a él a estudiar, sobre todo Pedro Fabro. Pedro Fabro sabía griego muy bien, tenía menos edad que San Ignacio y el maestro de ambos le pidió que lo ayudara, y Francisco Javier. Y este encuentro le cambió la vida a los tres, sobre todo a estos dos últimos: a Pedro Fabro y a Francisco Javier.

Contemos algo de esto, primero de la vida de ellos.

Pedro Fabro era saboyano, es decir, era francés, venía de una familia humilde, una vida así muy pura, muy sencilla, de pequeño. Rápidamente se quedó prendado de la personalidad de San Ignacio y accedió a hacer los ejercicios y a acompañarlo en esta vida que San Ignacio estaba, por así decirlo, promoviendo, es decir buscando gente que se uniera a este proyecto de Dios, que Dios le había mostrado.

Se destaca en Pedro Fabro un hablar de cosas espirituales. ¡Tenía una delicadeza, un tacto! hermosísimo hablar con él de las cosas de Dios. Habían quedado con San Ignacio de que cuando estudiaban, estudiaban, es decir, que no se podían poner a hablar espiritualmente, para decirlo de alguna manera, de las cosas que estaban estudiando porque no podían, se distraían, porque se iban por las alturas, si se quiere.

Por otro lado teníamos a Francisco Javier, Francisco Javier es español, obviamente, de las tierras de Javier, cerca de Pamplona, de una cuna más cercana a la nobleza, era otro tipo

de personalidad, más fogoso, más dado a las cosas del mundo. Nó mundano, como se entendería ahora, pero sí un joven que tenía como el mundo por delante en el sentido de triunfos, de lo que él esperaba humanamente, triunfos humanos justamente.

Entonces, San Francisco Javier al principio no fue así como un “adepto” de San Ignacio, no le cayó tan bien, simplemente porque buscaba otras cosas. Pero San Ignacio, con la caridad de siempre, con su santidad, siguió buscando poder convencerlo de que, en definitiva, darse a Dios era mucho más importante que darse a las cosas del mundo. Él triunfaba, era campeón de salto en largo, una cosa así, aquí en París.

Llevó más tiempo, pero también accedió a hacer los ejercicios. Ha hecho los ejercicios, obviamente, incluso un poco de tiempo antes ya se había decidido a seguirlo a San Ignacio. En parte, demoró también a hacer los ejercicios, porque estaba ocupado aquí, en este colegio.

Esta iglesia era parte de la iglesia del colegio, quizás con algún tipo de cambio en cinco siglos, pero se cree con bastante certeza de que San Ignacio mismo rezó aquí. Ahora es la iglesia de los Santos Arcángeles, pero era la iglesia del colegio, porque lo venía a buscar a Francisco Javier y, obviamente, en esos encuentros, iban a la capilla y rezaban.

Bueno, quedémonos entonces con esto de la importancia de las buenas compañías, y la importancia de dejarnos ayudar por los demás cuando son hombres de Dios. No podemos solos, la Iglesia es un cuerpo místico, ¿verdad? Y Dios no quiere que -obviamente, que la salvación es una cosa personal, en cuanto a que uno tiene que responder por uno mismo-, pero también Dios quiere que nos dejemos ayudar por otros.

Y, en este sentido, los ejercicios espirituales son algo que San Ignacio fue él el autodidacta, por excelencia, porque él dice que Dios le enseñaba directamente, como un maestro enseña a un niño. Y, por otro lado, él está segurísimo, -y así nos lo dice más de una vez en los ejercicios-, que no podemos hacer ejercicios solos. Necesitamos una guía, necesitamos alguien... porque hay muchos movimientos en el interior de nuestra alma. Muchas consolaciones -que ya aprenderemos que son-, muchas desolaciones, y hay que saber interpretar estas cosas, darle el verdadero sentido que tienen, porque uno puede, justamente, perderse o perder tiempo o fuerzas.

Son muy importantes entonces las consultas. Puede ser un sacerdote amigo que conozcan, un director espiritual que tengan, el párroco, (si tiene tiempo, claro). Si nó, ofrecemos poder hacer consultas. Ya veremos cómo hacerlas. Hay muchos sacerdotes escuchando consultas para poder ayudarlos.

Obviamente, que es muy difícil hacer bien el ejercicio -o casi imposible- sin que haya alguien que... San Ignacio los pensó así, los pensó de que quien daba los ejercicios, se encontraba con la persona que los recibía -recordamos que son ejercicios pensados por San Ignacio para 30 días, más o menos, y en retiro-. Una vez al día se veían, el que daba los ejercicios le daba el material para meditar, pero también hablaban de las cosas interiores y demás.

Y también, como aprenderemos el mismo San Ignacio va a decir que el demonio suele disfrazarse de demonio mudo, que no quiere que nosotros hablemos con quien sabemos que -o suponemos que- nos puede ayudar en todas estas cosas espirituales.

Termino con un texto de San Pedro Fabro, que nos puede ayudar a entender cómo valoraba él este encuentro con San Ignacio, este cambio en su vida tan grande, éste hecho tan providencial.

Los tres santos, los tres compañeros, los primeros jesuitas, el fogoso San Francisco Javier, misionero en las Indias, el primer santo, el primero que murió -murió antes que San Ignacio-. ¡Qué personalidad tan distinta a la de San Ignacio, y tan distinta, la de Pedro Fabro!, pero Dios a todos nos quiere santos, y fueron fieles. Pedro Fabro tan delicado, tan sensible, una sensibilidad muy especial.

Así hablaba él de ese encuentro con San Ignacio, de ese tiempo vivido aquí cerquita, donde mostrábamos en el Colegio Santa Bárbara:

«¡Bendita sea eternamente la divina providencia, que así lo ordenó para mi bien y mi salvación!. Pues habiendo ordenado (el maestro Peña) que yo instruyese al varón santo, ya mencionado», -San Ignacio- «conseguí gozar de su conversación en lo exterior, y después también en lo interior; y viviendo juntos en el mismo aposento, comiendo a la misma mesa, con igual beca, y siendo él mi maestro en las cosas espirituales, dándome modo de ascender en el conocimiento de la divina voluntad y en el conocimiento propio, por fin llegamos los dos a ser un solo hombre en los deseos, en la voluntad y en el firme propósito de elegir esta vida que ahora llevamos».

Hermosas palabras de San Pedro Fabro que nos dejan pensando realmente.

Continuamos con un lugar muy importante también, y es el lugar donde hicieron el primer voto, vamos allá a Montmartre.

### **Montmartre: primeros votos**

En tiempo de los romanos aquí había en esta zona un templo dedicado a Mercurio, se llamaba Monte Mercurio, pero con el tiempo fue llamado el Monte de los Mártires. ¿Por qué? Porque aquí murió el primer obispo de París, San Dionisio, cuya muerte relata la historia -la tradición- fue muy especial, porque le cortaron la cabeza y él fue con su cabeza, -milagrosamente, obviamente- entre las manos al lugar donde iba a ser enterrado.

Exactamente aquí donde está esa puerta -esa puerta marrón aquí atrás-, se puede entrar a la capilla donde estaba enterrado ahí San Dionisio, y es el lugar -muy conocido en su tiempo durante toda la historia de la cristiandad-, que eligió San Ignacio para hacer los primeros votos. Interesante esto de notar que ya estamos con un San Ignacio más maduro en cuanto a su vocación, ya sabe lo que quiere, no va a entrar a otra congregación, no va a andar por el mundo libremente predicando, va a formar algo él. Todavía quizás habrá cosas que discernir, que de hecho le toma un tiempo, en Roma incluso, discernir algunos detalles con respecto a la pobreza y demás, pero sí, sin duda que tiene muy claro el plan que el Señor quiere, por eso junta a los primeros seis jesuitas y hace aquí los votos.

Te lo cuento directamente aquí adentro.

Estamos aquí en la capilla de los mártires, en el lugar exacto donde San Ignacio, con los primeros seis jesuitas -aunque la compañía fue aprobada oficialmente un tiempo después-, hicieron sus votos: voto de pobreza, voto de castidad, de obediencia no, porque todavía no eran religiosos, votos también de dar catecismo, sobre todo a los niños, a los pobres, y de estar, después de un tiempo, juntarse en Venecia y estar esperando para irse a Jerusalén. La idea de San Ignacio era irse a Jerusalén como lo había hecho él mismo, irse con todo el grupo y desde allí comenzar toda la predicación, el bien de las almas desde el mismo lugar donde estaba Nuestro Señor.

Si durante un año no había un barco ahí en Venecia, entonces ya irían a Roma a ponerse al servicio del Papa, y es lo que efectivamente hicieron. Entonces aquí se celebra la misa el único que era sacerdote, San Pedro Fabro, y en el momento antes de la comunión cada uno leyó la fórmula. No se sabe exactamente el texto, es lo que acabo de contar lo que prometieron (el texto no se conoce), delante de la Eucaristía, ante el cuerpo del Señor, cada uno -supongo que habrá empezado San Ignacio-, leyó la fórmula de estos primeros votos, que realmente nos pueden enseñar mucho a nosotros, que estamos por hacer estos santos ejercicios, que el Señor tiene un plan para nuestra vida, que su voluntad es siempre adorable y hermosísima, y que las promesas que hagamos, como en el caso de estos siete primeros jesuitas, las mantengamos para siempre, ya sean promesas de ese calibre o cosas más chicas, pero -como dice nuestro Señor-, *«el que es fiel en lo poco, es fiel en lo mucho»*.

En este lugar entonces también encomiendo los frutos de esta tanda que están comenzando, que San Ignacio, que San Pedro Fabro, que San Francisco Javier -que también estaba aquí presente-, nos ayuden, que todos los santos jesuitas de la historia nos ayuden para continuar buscando esa santidad, esa voluntad de Dios que nos enseña tan hermosamente San Ignacio en los santos ejercicios.

### **Otras anécdotas: la persecución**

Algunas anécdotas más de San Ignacio en París, que nos pueden servir para entender un poco lo que son los ejercicios, lo que es un santo y a dónde tenemos que apuntar.

Comenzó él a dar los ejercicios y convirtió a tres españoles, que eran muy buenos estudiantes, de buena posición, muy conocidos en esta ciudad tan grande -más de 200.000 habitantes-, tenía unos 4.000 alumnos, era una ciudad de mucho estudio, de mucha ciencia, de mucha vida cristiana también, y los tres decidieron dar sus bienes a los pobres y ponerse a dar limona y vivir en el hospicio Saint Jacques, donde había vivido San Ignacio. Y fue eso realmente un revuelo enorme y empezó también aquí la persecución a San Ignacio. Se lo llamaba “seductor de estudiantes”. Se decía que a uno de ellos él lo había vuelto loco, solamente porque se habían convertido y habían dejado todo por Cristo.

Dentro de lo que fue también la persecución, por algunas otras circunstancias, dos veces a San Ignacio lo amenazaron de darle lo que se llamaba en ese tiempo la “sala”. Esto era un castigo que se daba en la universidad donde se desnudaba al alumno del torso para arriba y se lo flagelaba públicamente. Una de las veces San Ignacio se presentó a la Inquisición, que dijo que había alguna acusación pero nada iba a pasar.

Y la segunda vez él fue directamente a hablar con el rector de la universidad o el decano (o con quien iba a darle esa paliza), y le dijo que por él no había ningún problema, que le iba a hacer muy bien porque lo merecían sus pecados, que también iba a ser para él muy humillante pero le venía muy bien, o sea, realmente sinceramente lo decía, así era San Ignacio, pero que por favor no lo hiciera porque la doctrina que él estaba dando, es decir, los ejercicios, no eran de él sino de Jesucristo nuestro Señor. Y por eso le rogaba que no lo hiciera. Y este hombre, el decano al verlo tan santo, tan humilde, cuando llegó el momento -estaban todos reunidos esperando que lo trajera para darle entonces esa reprimenda-, se arrodilló delante de San Ignacio y le pidió perdón. Y de ahí le tuvo muchísima devoción, incluso gracias a él, después se dio la misión que por medio del rey de Portugal pudieron tener en las Indias, adonde fue el mismo San Francisco Javier.

Durante un tiempo después San Ignacio no tuvo persecuciones, estuvo un poco tranquilo, (recordemos que estuvo siete años aquí en total), y alguien le dijo, “bueno, estás tranquilo, no hay más”. Y dice, “\_no, es porque no estoy predicando los ejercicios. Espera un poco que vuelva a hacerlo y volverán las persecuciones”.

Eso nos tiene que enseñar que realmente predicar a Cristo y convertirse al Señor, muchas veces trae persecuciones. Al Señor lo mataron en una cruz, somos cristianos. San Pablo dice *«los que son de Cristo sufrirán persecución»*.

Bien, nos vinimos unos metros más aquí, estamos delante de la iglesia de San Juan, aquí en Montmartre, y contábamos de la persecución de San Ignacio, incluso quizás una de las más difíciles que vivió acá fue por haber ayudado a convertirse a San Francisco Javier.

Sabemos que, como dice el autor, fue la pasta más dura que él tuvo para moldear, este gran moldeador de caracteres y de hombres que fue San Ignacio. Cuando San Francisco Javier dejó todo, un criado que él tenía, (un alumno muy pobre), se quedó también sin nada, y había determinado matarlo a San Ignacio. ¡Nada más y nada menos que matarlo!. Finalmente, después -serán cosas del Señor obviamente-, cambió de opinión.

Pero a lo que iba es que San Pablo dice -repito- *«los que son de Cristo sufrirán persecución»*. Por tanto, si somos de Cristo y tenemos alguna persecución, algún problema, todo va bien, y si en esto de hacer los ejercicios hay alguna dificultad, tampoco nos pongamos tan mal, porque es parte, ¿no?, el que quiere ser mi discípulo que tome su cruz, que venga en pos de mí y me siga.

### **“Como un esclavito indigno”**

También recordar, en orden ya también a los ejercicios espirituales San Ignacio nos hace -los que han hecho ejercicios se acordarán, pero los que hacen por primera vez lo van a vivir y los ayuda mucho-, que tenemos que hacernos -para las meditaciones de la vida del Señor- como “esclavitos indignos”, estando ahí en el misterio, sirviéndoles a María, a José, al niño Dios. Bien, es algo que hay que aprender a hacerlo, pero da muchísimos frutos. Vale la pena el intento, el esfuerzo.

Y es interesante que San Ignacio no solamente utilizaba esto para rezar, porque cuando él se quedó sin dinero -que ya lo contamos-, y estaba buscando a ver cómo hacía para juntar

ese dinero, había determinado servir a un profesor, a un maestro, a un regente, como se solía hacer en ese tiempo, servirlo era ayudarlo con los alumnos. Buscó uno, otro, y no consiguió, a pesar de que tenía ciertos contactos, pero ya se había imaginado él que el regente iba a ser como Jesucristo, y un alumno iba a ser como San Pedro, el otro alumno iba a ser como San Juan. Así, los apóstoles eran los alumnos y Jesús nuestro Señor era el regente.

¡Cómo él utilizaba eso también de estar su vida un poco dentro de un misterio de la vida del Señor! Y obviamente que da muchísimos frutos eso, porque mueve muchísimo a la humildad que tanto nos hace falta, y obviamente no está fuera de la realidad. Si el Señor dice que Él está presente misteriosamente en cada uno de nuestros hermanos, *«lo que hiciste con el más pequeño de vuestros hermanos, conmigo lo hiciste»*, bueno, perfectamente entonces es más que útil lo que hacía San Ignacio -nosotros también podemos ponerlo en práctica-, y nos puede ayudar para hacer mejor esa meditación, las meditaciones de la vida del Señor.

### **Camino a Guipúzcoa**

Bien, y con esto dejamos a San Ignacio en París, ya con su bonete, con el birrete de cuatro puntas de maestro, de doctor en filosofía, ya con sus estudios también de teología, camino a Guipúzcoa, un tiempo para mejorar su salud, es decir a Loyola, a sus tierras, y después ya para encontrarse con el resto de los jesuitas en Venecia, a esperar ese año a un barco que los lleve a Tierra Santa.

No llegó el barco, el voto que habían hecho aquí cerquita, entonces como les decía en la capilla de Montmartre (de los mártires) no llegó ese barco, pero habían prometido que si no llegaba un barco, que se iban a poner al servicio del Papa.

Se ponen al servicio del Papa. Un tiempo después el Papa aprueba la compañía, y el 31 de julio del año 1548, (en el 56 muere San Ignacio en el mismo día), un 31 de julio el Papa aprueba los santos ejercicios, y después este libro ha sido recomendado más de 600 veces por la Iglesia. Es único. La Sagrada Escritura -ni hablar- en primer lugar, y después la Suma Teológica de Santo Tomás y los ejercicios espirituales de San Ignacio, están ahí palo de palo, para decirlo de algún modo, en cuanto a un libro recomendado por la Iglesia, y en este caso sabemos que no es un libro, es un método, es una forma de conocer la Voluntad de Dios y alcanzar así la santidad.

Mañana, el segundo día de estos santos ejercicios, tendremos a Monseñor Reig Plá, nada más ni nada menos, que nos explicará el título de los ejercicios para ir introduciéndonos cada vez más en esto, y como les decía es una carrera de fondo, así que a San Ignacio le pedimos que nos ayude a perseverar, a San Francisco Javier, a San Pedro Fabro. -En el lugar donde celebré la misa recién, hicieron el voto los tres santos-.

Pidámosle también a nuestra Madre del Cielo especialmente que, como sabemos, le ayudó muy particularmente a San Ignacio a escribir los ejercicios, que nos ayude a perseverar, empezamos ahora y terminamos todos juntos en esta Cuaresma.

Ave María y adelante, y hasta mañana, si Dios quiere.